

CHILE
EL DIA DEL CHACAL

Será en octubre el día en que los chilenos dirán sí o no al régimen de Pinochet. Esta semana, mientras Osvaldo Soriano recorría las calles de Santiago, la cúpula militar anunció la fecha en que nominará a su candidato —que indudablemente será el actual presidente— e indirectamente la del plebiscito. Pese a la aparente bonanza económica, la oposición ya asegura el triunfo del No e incluso Estados Unidos le retaceó su apoyo al régimen.

***Por Osvaldo Soriano**, desde Santiago*

En el siglo veintiuno, Santiago será la capital del Pacífico sur. Una gigantesca ciudad que llegará desde Valparaíso hasta los Andes", dice el general Augusto Pinochet en Arica, donde ha inaugurado un nuevo ramal de trenes. Anuncia nuevos bancos que atraerán dinero fresco a ese cruce de Chile con sus antiguos adversarios, Perú y Bolivia. Entre tanto, en Santiago, ocho mil personas aparecidas como por encanto en el centro de la ciudad, toman la alameda Bernardo O'Higgins y organizan una marcha contra el hambre, la primera en los últimos cinco meses.

Ese día —el lunes 11 de julio—, se inicia la reunión internacional de intelectuales *Chile Crea*, con más de doscientos invitados de todo el mundo, y la dictadura se va a mostrar a la vez tolerante e implacable. Tolerante porque se acerca la fecha del plebiscito previsto en la Constitución de 1980; implacable porque nadie debe pensar que el régimen se ablanda por viejo o por liberal.

Entonces los carabineros lanzan gases lacrimógenos y cargan contra la multitud. Atrás, vienen los *guanacos* (camiones hidrantes) y los celulares que se llevarán más de doscientos detenidos. La destreza de los chilenos, represores y reprimidos, es notable: los manifestantes corren como en las películas de Buster Keaton, desaparecen unos minutos de la alameda y de pronto vuelven a reunirse, por grupos disimulados, hasta formar una nueva multitud. Arden seis microbuses y alguna vidriera se desploma. Dos poetas ingleses que han llegado por la mañana quieren participar, arrastrados por la pasión latinoamericana, y se mezclan con los hambrientos habitantes de las *poblaciones*. Sólo que ellos no conocen los sobreentendidos y cuando hay que correr eligen la dirección equivocada. Eso es paliza segura, como cuando iban del brazo con los mineros de Liverpool contra la "modernización" de Margaret Thatcher.

Muchos autos quedan encerrados en el sofocón. Entre ellos el de la embajada argentina. que nos trae del aeropuerto. Marcelo Yusto, el agregado cultural, está en misión en Santiago desde hace cuatro años y conoce bien estos tumultos: hace un zig-zag con el BMW, luego pone la marcha atrás, se mete entre dos maceteros de la peatonal y arranca entre buses detenidos y carabineros que cruzan la calle con los escudos transparentes y el garrote en ristre. Detrás viene el *guanaco*, de modo que tira el coche a la vereda, dobla, y sale hacia el cerro. Como es previsor, no nos abandonará nunca. Esta es de las pocas embajadas que conozco para la que los argentinos son todos iguales, piensen como piensen.

Las calles quedan inundadas y desiertas. Horas más tarde, un comandante de carabineros dirá a la televisión que los comunistas utilizan "vándalos" y que cada uno de los manifestantes había cobrado entre tres y cinco mil pesos (20 a 25 dólares), para participar de la revuelta. En fin, lo que se dice siempre, en Chile, en Corea o en Indonesia, en circunstancias como ésta.

La represión cautelosa

A pocos meses del plebiscito que aceptará o rechazará al régimen del capitán general Augusto Pinochet, la dictadura se pone una ropa más presentable. La represión se vuelve discriminada, pero es tan cruel y absurda como en las sociedades feudales. El director de la revista de oposición *Análisis*, Juan Pablo Cárdenas, y otras siete personas, siguen con el régimen de cárcel nocturna —presos de 22 a 6 de la mañana—, quizá único en el mundo. Hay todavía unos 560 presos políticos (aunque nadie conoce la cifra exacta) en las cárceles más rigurosas, como la de Chile Chico, en el extremo sur, donde está el líder socialista Clodomiro Almeyda. Cuatro mil exiliados esperan permiso para regresar. Decenas de periodistas están procesados en virtud de leyes especiales y casi a diario los barrios más pobres son rastrillados en busca de militantes y activistas de base.

"Los chilenos se han convertido en expertos juristas, imaginativos. Para sobrevivir tienen que descubrir estrategias diarias que les permitan atravesar indemnes las 21 posibilidades represivas a disposición del general Pinochet, según la Constitución que el dictador hizo aprobar en 1980", escribe Jacobo Timerman en su libro *Chile, el galope muer-*



EL DIA DEL CHACAL



to. En ese marco irracional, los tribunales de Pinochet solicitan ahora la extradición de los tres militantes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez detenidos en la Argentina.

Las víctimas de la dictadura reaparecieron en imágenes de cartón, sobre el escenario del teatro, la noche de la inauguración de *Chile Crea,* luego que Eduardo Galeano hiciera el discurso de apertura. A cada nombre —el primero fue el de Salvador Allende—, pronunciado a telón cerrado, la multitud respondía a coro *¡presente!*, y de todas las naciones representadas allí, las más aplaudidas fueron Nicaragua, Cuba y la Unión Soviética. Al día siguiente, Jack Ralite, el ex ministro comunista de François Mitterrand, estaba asombrado de encontrar, en ese lejano rincón del mundo, semejante fervor por las banderas rojas, tan alicaídas en Europa.

Pese a la "modernización", que ha abierto un tiempo de relativa prosperidad para el veinte por ciento de la población, la clase obrera chilena todavía aspira a ganar aquel paraíso con el que soñaban sus mayores. Tal vez por eso, la derecha y los norteamericanos no están del todo seguros de que Pinochet tenga que partir. El dictador no permitió que a su sombra crecieran otros cuadros políticos o militares capaces de defender el sistema de libre mercado que luego de quince años de penurias y represión, empieza a dar algunos resultados tangibles.

Entre enero y mayo de este año, la balanza comercial chilena alcanzó un superávit de 1097,8 millones de dólares y la inflación, que acumula apenas el 4,7 por ciento en lo que va del año, fue negativa el mes pasado (menos 0,5 por ciento). Este mes, de cara al plebiscito, el gobierno rebajó el IVA, lo que permitió, según el oficialismo, agregar 300 millones de dólares frescos al valor de compra de los chilenos. El consumismo, después de una ligera recaída, está en pleno apogeo y los japoneses venden cada vez más autos, motos, estéreos y videograbadores que en cualquier otro país del Cono Sur.

Té, azúcar y fantasía

Estos logros no tienen nada de milagrosos si se tiene en cuenta el bajo costo del trabajo (los salarios van de 25 a 40 dólares por mes), y benefician sólo a los sectores más poderosos y a una franja de la clase media que administra los negocios de importación y exportación. Los más pobres sobreviven con té, azúcar, pan y vino barato. Esa gente, que no olvida al gobierno de la Unidad Popular, consume hoy un cincuenta por ciento menos que en aquel tiempo de desabastecimiento y mercado negro. Para comer al menos una vez por día, hay en Santiago unas quinientas ollas populares, casi todas distribuidas con indomable espíritu solidario en las *poblaciones* marginales.

La capital es ahora más gris y triste que en los tumultuosos días de Salvador Allende, pero está reluciente como un quirófano. Si alguien deja caer un papel en el andén del flamante *metro* construido por los franceses, enseguida un empleado corre a levantarlo con una escoba y una palita. Ese hombre forma parte del millón de personas dependientes del Programa de Lucha contra la Desocupación, ideado por la dictadura para evitar estallidos sociales incontrolables.

La limpieza es la obsesión del dictador: casi no se ven mendigos, ni rotosos en Santiago; los baños están impecables y bien provistos; la gente es tan amable como siempre, pero menos dicharachera que hace quince años. Los chilenos pagan con puntualidad los impuestos, cruzan la calle por las rayas blancas y los buses se detienen el tiempo necesario para que suban y bajen los pasajeros. Ya casi no quedan escuelas ni asistencias públicas, porque se han privatizado hasta los servicios de ayuda más elementales.

Los santiaguinos, como los japoneses y los alemanes, se van a la cama temprano. Los teatros y los conciertos empiezan a las siete y media de la tarde y aquellos que pueden ir a cenar se demoran en el centro hasta las diez de la noche. El visitante tiene la sensación de que en estos años ominosos se ha creado una cultura que vive —o cree hacerlo— al margen de la dictadura, pero sometida e infectada por ella. Casi todos los políticos e intelectuales de peso acceden a ser entrevistados por *El Mercurio,* vocero del régimen, que el 12 de julio último publicó un editorial titulado "Llega la demagogia, perdón, la democracia".

Esa democracia a la que alude el diario es el modelo argentino. Por televisión, cuando se anuncian los logros del equipo económico, se los compara con la inflación y el "desorden" trasandinos. Nunca se mencionan las laboriosas conquistas de la democracia más cercana, envidiada por los chilenos que votarán por el *No.* La libertad que goza la Argentina es la quimera de los opositores y el fantasma del régimen.

La inquietante puerta del siglo XXI

Pinochet ha iniciado una ofensiva publicitaria destinada a asociar su temible imagen con el tránsito a una democracia "posible". Los afiches que se ven en las calles y los spots que se muestran por televisión, glorifican los inciertos logros de la "economía social de mercado" y anuncian un futuro de libertades privadas —privatizadas—, como condición para encarar el majestuoso destino de Chile a las puertas del siglo veintiuno.

La cultura del país se mostró al mundo en la semana del 11 al 17 de julio. *Chile Crea,* caótico y orgulloso, ofreció más de tres mil espectáculos, exposiciones y mesas redondas a las que asistieron artistas de todo el mundo. Fue un hecho político, un grito de rechazo al sistema, al que días más tarde el ex primer ministro francés Pierre Mauroy calificó en Santiago de "orden inmoral". Pero el régimen ha comprometido los bolsillos y las conciencias de mucha gente y el resultado de la consulta es todavía incierto. Si gana el *Sí,* Pinochet gobernará hasta el fin de sus días y el "orden inmoral" quedará legalizado. Si prevalece el *No,* el dictador, las fuerzas armadas y los *yuppies* del dudoso *boom* tendrán que inventar una alternativa viable para el régimen. Porque por ahora no parecen dispuestos a renunciar a quince años de privilegios, arbitrariedad y omnipotencia, erigidos sobre miles de muertos y la humillación de un pueblo que durante un siglo fue el más legalista y democrático de América latina.



ESTADOS UNIDOS-

NOS HABIAMOS AMA

Por José Miguel Insulza,
desde Santiago de Chile

La declaración del Departamento de Estado norteamericano del martes 7 de junio señalando su "preocupación y profunda desilusión" por la renovación del estado de emergencia en Chile no debería sorprender a nadie. Por una parte, se ha hecho ya costumbre que el gobierno de Estados Unidos entregue su opinión oficial sobre estos temas y existen numerosas declaraciones previas del mismo tono desde 1983. Por otra parte, la suspensión del estado de emergencia era una de las condiciones que la declaración del mismo organismo del 17 de septiembre de 1987 (Declaración de Respaldo a la Democracia en Chile) consideraba imprescindible para que el plebiscito fuera legítimo.

El enojo de los voceros del gobierno chileno no se debió, sin embargo, a que la declaración se produjo en momentos en que la oposición aumentaba sus críticas a la falta de garantías, de acceso a los medios de comunicación, a la intervención de militares y funcionarios públicos en el proceso electoral y al desvío de fondos fiscales a la campaña del Sí. La declaración fue más allá del tema del estado de emergencia al recoger expresamente algunas de las críticas de la oposición mencionando "restricciones del gobierno a la libertad de expresión" y "falta de acceso equitativo a los medios de comunicación". Todo esto acentuó una imagen que el gobierno de Pinochet había querido evitar: que la administración conservadora de Ronald Reagan no sólo está por la transición sino que tiene sus esperanzas puestas en la derrota del gobierno. Si así fuera, ¿cómo explicar que el gobierno norteamericano más conservador de la posguerra prefiera "el caos" antes que la "democracia" dirigida por Pinochet?

En realidad, no es así. Al menos totalmente. En los últimos siete años el gobierno de Ronald Reagan ha pasado por al menos tres posturas diferentes con respecto a Chile. Cuando llegó al poder, bajo la influencia de una serie de especialistas "de derecha", Jean Kirkpatrick, Constantine Memges, Roger Efontaine y los miembros del Comité de Santa Fe, tendió a revalorizar las dictaduras autoritarias del Cono Sur, sosteniendo que había que disminuir la presión hacia ellas en la certeza de que operarían un tránsito pacífico hacia la democracia.

Esta posición oicial favoreció más a Argentina y Brasil que a Chile, por ser esta dictadura más aislada y rechazada por el



EL DIA DEL CHACAL

to. En ese marco irracional, los tribunales de Pinochet solicitan ahora la extradición de los tres militantes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez detenidos en la Argentina.

Las víctimas de la dictadura reaparecieron en imágenes de cartón, sobre el escenario del teatro, la noche de la inauguración de *Chile Crea,* luego que Eduardo Galeano hiciera el discurso de apertura. A cada nombre —el primero fue el de Salvador Allende—, pronunciado a telón cerrado, la multitud respondía a coro *¡presente!,* y de todas las naciones representadas allí, las más aplaudidas fueron Nicaragua, Cuba y la Unión Soviética. Al día siguiente, Jack Ralite, el ex ministro comunista de François Mitterrand, estaba asombrado de encontrar, en ese lejano rincón del mundo, semejante fervor por las banderas rojas, tan alicaídas en Europa.

Pese a la "modernización", que ha abierto un tiempo de relativa prosperidad para el veinte por ciento de la población, la clase obrera chilena todavía aspira a ganar aquel paraíso con el que soñaban sus mayores. Tal vez por eso, la derecha y los norteamericanos no están del todo seguros de que Pinochet tenga que partir. El dictador no permitió que a su sombra crecieran otros cuadros políticos o militares capaces de defender el sistema de libre mercado que luego de quince años de penurias y represión, empieza a dar algunos resultados tangibles.

Entre enero y mayo de este año, la balanza comercial chilena alcanzó un superávit de 1097,8 millones de dólares y la inflación, que acumula apenas el 4,7 por ciento en lo que va del año, fue negativa el mes pasado (menos 0,5 por ciento). Este mes, de cara al plebiscito, el gobierno rebajó el IVA, lo que permitió, según el oficialismo, agregar 300 millones de dólares frescos al valor de compra de los chilenos. El consumismo, después de una ligera recaída, está en pleno apogeo y los japoneses venden cada vez más autos, motos, estéreos y videograbadores que en cualquier otro país del Cono Sur.

Té, azúcar y fantasía

Estos logros no tienen nada de milagrosos si se tiene en cuenta el bajo costo del trabajo (los salarios van de 25 a 40 dólares por mes), y benefician sólo a los sectores más poderosos y a una franja de la clase media que administra los negocios de importación y exportación. Los más pobres sobreviven con té, azúcar, pan y vino barato. Esa gente, que no olvida al gobierno de la Unidad Popular, consume hoy un cincuenta por ciento menos que en aquel tiempo de desabastecimiento y mercado negro. Para comer al menos una vez por día, hay en Santiago unas quinientas ollas populares, casi todas distribuidas con indomable espíritu solidario en las *poblaciones* marginales.

La capital es ahora más gris y triste que en los tumultuosos días de Salvador Allende, pero está reluciente como un quirófano. Si alguien deja caer un papel en el andén del flamante *metro* construido por los franceses, enseguida un empleado corre a levantarlo con una escoba y una palita. Ese hombre forma parte del millón de personas dependientes del Programa de Lucha contra la Desocupación, ideado por la dictadura para evitar estallidos sociales incontrolables.

La limpieza es la obsesión del dictador: casi no se ven mendigos, ni rotosos en Santiago; los baños están impecables y bien provistos; la gente es tan amable como siempre, pero menos dicharachera que hace quince años. Los chilenos pagan con puntualidad los impuestos, cruzan la calle por las rayas blancas y los buses se detienen el tiempo necesario para que suban y bajen los pasajeros. Ya casi no quedan escuelas ni asistencias públicas, porque se han privatizado hasta los servicios de ayuda más elementales.

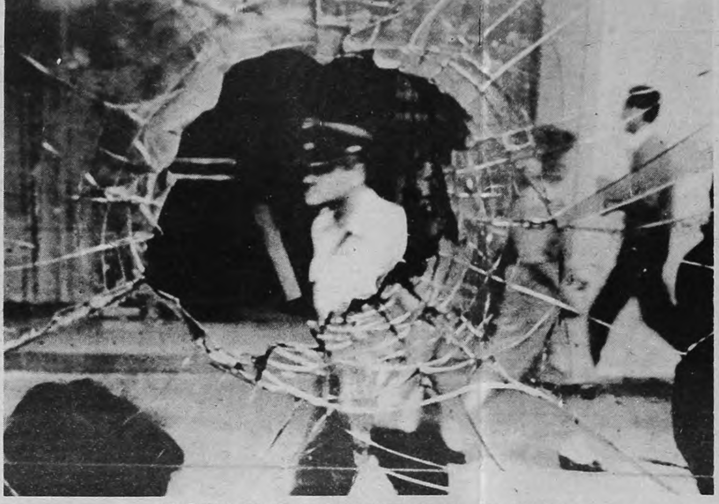
Los santiaguinos, como los japoneses y los alemanes, se van a la cama temprano. Los teatros y los conciertos empiezan a las siete y media de la tarde y aquellos que pueden ir a cenar se demoran en el centro hasta las diez de la noche. El visitante tiene la sensación de que en estos años ominosos se ha creado una cultura que vive —o cree hacerlo— al margen de la dictadura, pero sometida e infectada por ella. Casi todos los políticos e intelectuales de peso acceden a ser entrevistados por *El Mercurio,* vocero del régimen, que el 12 de julio último publicó un editorial titulado "Llega la demagogia, perdón, la democracia".

Esa democracia a la que alude el diario es el modelo argentino. Por televisión, cuando se anuncian los logros del equipo económico, se los compara con la inflación y el "desorden" trasandinos. Nunca se mencionan las laboriosas conquistas de la democracia más cercana, envidiada por los chilenos que votarán por el *No.* La libertad que goza la Argentina es la quimera de los opositores y el fantasma del régimen.

La inquietante puerta del siglo XXI

Pinochet ha iniciado una ofensiva publicitaria destinada a asociar su temible imagen con el tránsito a una democracia "posible". Los afiches que se ven en las calles y los spots que se muestran por televisión, glorifican los inciertos logros de la "economía social de mercado" y anuncian un futuro de libertades privadas —privatizadas—, como condición para encarar el majestuoso destino de Chile a las puertas del siglo veintiuno.

La cultura del país se mostró al mundo en la semana del 11 al 17 de julio. *Chile Crea,* caótico y orgulloso, ofreció más de tres mil espectáculos, exposiciones y mesas redondas a las que asistieron artistas de todo el mundo. Fue un hecho político, un grito de rechazo al sistema, al que días más tarde el ex primer ministro francés Pierre Mauroy calificó en Santiago de "orden inmoral". Pero el régimen ha comprometido los bolsillos y las conciencias de mucha gente y el resultado de la consulta es todavía incierto. Si gana el *Sí,* Pinochet gobernará hasta el fin de sus días y el "orden inmoral" quedará legalizado. Si prevalece el *No,* el dictador, las fuerzas armadas y los *yuppies* del dudoso *boom* tendrán que inventar una alternativa viable para el régimen. Porque por ahora no parecen dispuestos a renunciar a quince años de privilegios, arbitrariedad y omnipotencia, erigidos sobre miles de muertos y la humillación de un pueblo que durante un siglo fue el más legalista y democrático de América latina.



ESTADOS UNIDOS-CHILE

NOS HABIAMOS AMADO TANTO

Por José Miguel Insulza, desde Santiago de Chile

La declaración del Departamento de Estado norteamericano del martes 7 de junio señalando su "preocupación y profunda desilusión" por la renovación del estado de emergencia en Chile no debería sorprender a nadie. Por una parte, se ha hecho ya costumbre que el gobierno de Estados Unidos entregue su opinión oficial sobre estos temas y existen numerosas declaraciones previas del mismo tono desde 1983. Por otra parte, la suspensión del estado de emergencia era una de las condiciones que la declaración del mismo organismo del 17 de septiembre de 1987 (Declaración de Respaldo a la Democracia en Chile) consideraba imprescindible para que el plebiscito fuera legítimo.

El enojo de los voceros del gobierno chileno se debió, sin embargo, a que la declaración se produjo en momentos en que la oposición aumentaba sus críticas a la falta de garantías, de acceso a los medios de comunicación, a la intervención de militares y funcionarios públicos en el proceso electoral y al desvío de fondos fiscales a la campaña del Sí. La declaración fue más allá del tema del estado de emergencia al recoger expresamente algunas de las críticas de la oposición mencionando "restricciones del gobierno a la libertad de expresión" y "falta de acceso equitativo a los medios de comunicación". Todo esto acentuó una imagen que el gobierno de Pinochet había querido evitar: que la administración conservadora de Ronald Reagan no sólo está por la transición sino que tiene sus esperanzas puestas en la derrota del gobierno. Si así fuera, ¿cómo explicar que el gobierno norteamericano más conservador de la posguerra prefiera "el caos" antes que la "democracia" dirigida por Pinochet?

En realidad, no es así. Al menos totalmente. En los últimos siete años el gobierno de Ronald Reagan ha pasado por al menos tres posturas diferentes con respecto a Chile. Cuando llegó al poder, bajo la influencia de una serie de especialistas "de derecha", Jean Kirkpatrick, Constantine Memges, Roger Efontaine y los miembros del Comité de Santa Fe, tendió a revalorizar las dictaduras autoritarias del Cono Sur, sosteniendo que había que disminuir la presión hacia ellas en la certeza de que operarían un tránsito pacífico hacia la democracia.

Esta posición oicial favoreció más a Argentina y Brasil que a Chile, por ser esta dictadura más aislada y rechazada por el Congreso norteamericano y también a raíz de los problemas críticos producidos por el llamado caso Letelier.

A pesar de ello, los beneficios de la nueva consideración se sintieron también en Chile a partir de la llegada de James Thberge, nuevo embajador plenamente imbuido de la nueva doctrina. Desde comienzos de 1982, esta postura comenzó a cambiar como producto de las crisis económicas y políticas de las dictaduras. De pronto los "aliados leales del Cono Sur" no eran eficientes económica ni políticamente. Ni tampoco, después de las Malvinas, tan confiables estratégicamente. Estados Unidos comenzó a apoyar en todas partes los procesos de transición y a pesar de que había estado ajeno a su gestación, a atribuírselos como éxitos propios.

La inclinación hacia la democratización rápida con elecciones libres y gobiernos civiles, no funcionó en Chile, donde la dictadura no sólo permaneció, sino que pasó el "año decisivo de 1986" haciendo que el escenario plebiscitario de 1988 fuera más probable. El Departamento de Estado comenzó a moverse dentro de ese escenario con dos objetivos: asegurar una transición democrática tranquila (lo cual supone un gobierno moderado, de preferencia civil, y sin participación de la izquierda) y mantener el modelo económico actual aunque con modificaciones de carácter redistributivo.

Si ello es así, ¿por qué no quedarse con Pinochet, que promete transición y continuidad económica? Las lecciones de otros países latinoamericanos juegan aquí un papel fundamental. La historia está llena de dictaduras que prometieron democracia, pero sólo se abrieron demasiado tarde, cuando la revolución era inevitable. Por una parte existe el riesgo de que Pinochet se quede indefinidamente; por otro lado, el temor inmediato a la polarización y la confrontación ante un resultado estrecho.

De allí que las prioridades que están detrás de la postura de Washington no coincidan efectivamente con la oposición chilena, aunque la política se parezca a veces. Estados Unidos quisiera una transición por consenso sea ella a través de la fórmula de un candidato civil concordado, como lo pide el Partido Nacional, o propuesto por la Junta pero aceptable a una parte de la oposición. Si ello no se obtiene, se trata al menos de lograr un plebiscito tranquilo que nadie pueda cuestionar. De allí el énfasis en las garantías, incluso en dar recursos a la oposición para que pueda haber competencia legítima. El problema está, por cierto, en que el gobierno de Pinochet no comparte ninguno de estos dos objetivos e insiste en las últimas semanas en una mayor polarización.

La ausencia de una derecha democrática, tantas veces comentada por los analistas norteamericanos, sigue siendo el mayor vacío de la política de Chile.

INTERNA MILITAR

UNE Y REINARAS

Por Brigitte Calame, desde Santiago

El anuncio fue el gran titular de los diarios el lunes 25: la cúpula militar se reunirá el 30 de agosto para nominar al candidato que presentará en el plebiscito de octubre. Los chilenos, sin embargo, no se mostraron muy conmovidos. A esta altura nadie duda de que el candidato será Augusto Pinochet. Ni siquiera las últimas declaraciones de los integrantes de la junta militar permiten concebir otra posibilidad. Menos de un mes atrás, el general del aire Fernando Matthei declaró a un diario alemán que la junta de comandantes en jefe había sido incapaz de hacer valer su voluntad —mayoritaria— de nominar a un civil como candidato del plebiscito. El general Pinochet, aseguró, cuenta con el apoyo incondicional del Ejército y ni la Marina ni la Aviación están dispuestas a romper con la unidad de las Fuerzas Armadas. Los rumores que recorren Santiago también dejaron saber que Carabineros se había unido al infructuoso esfuerzo por imponer un candidato civil.

Al cuerpo de carabineros, la policía militarizada chilena, que por la intermediación del golpe militar no sólo llegó a ocupar uno de los cuatro vértices del poder político sino a conformar una rama más de las Fuerzas Armadas, no le gusta la idea de seguir en el poder más allá del plebiscito. El general Rodolfo Stange es el más reservado de los cuatro integrantes de la junta de gobierno. Sin embargo, en sus intervenciones públicas siempre busca subrayar la función profesional del cuerpo que dirige por encima de las connotaciones políticas, lo que provoca un distanciamiento muy notorio entre su visión del futuro y los proyectos de Pinochet. El motivo es que el cuerpo de carabineros está cada vez más convencido de que cualquier alteración del orden público terminará recayendo sobre sus hombres, porque son los que salen a la calle a reprimir las manifestaciones y a la población, por el momento indefensa. Son también los únicos integrantes de las Fuerzas Armadas que conviven directamente con la población civil. Sus casas, sus esposas e hijos están rodeados de chilenos comunes y corrientes que en muchas ocasiones les hacen sentir su desprecio. Para todo el mundo los carabineros son los *pacos* y ser hijo de *paco* no es nada fácil en el Chile de hoy.

A nivel de los altos mandos del cuerpo de la policía uniformada también hubo cambios. Hace diez meses el general y director Rodolfo Stange removió a sus hombres para dejar conformado al alto mando que se hará cargo del plebiscito y lo que suceda después. De los oficiales que integran este alto mando sólo uno, el general subdirector Oscar Torres tuvo una participación relevante en el mando de unidades durante el golpe. Los demás ocuparon sólo funciones secundarias y aquellos generales que aparecieron más cercanos a la voluntad de prolongación del régimen militar pasaron a retiro. Se dice que a diferencia de la Fuerza Aérea y de la Armada, Stange ha evitado la polémica pública y eludido con frecuencia el debate sobre el futuro político de Chile a partir del '89, pero de lo que están seguro los analistas es de que ese año los carabineros se van para su casa. Y no porque lo haya decidido Pinochet. Por el contrario, contra su voluntad, Stange y sus hombres decidieron retirarse del gobierno. Obviamente, ello le ha significado enfrentarse a muchos problemas. El asesinato de varios de sus funcionarios, por ejemplo, no sólo tiene olor a venganza, sino que obedece, dicen algunos, a un plan maquiavélico: el tratar de cohesionar el cuerpo de carabineros en torno a las Fuerzas Armadas.

De manera más evidente, pero no tan profunda, quien tiene más discrepancias con Pinochet es el general de aviación Fernando Matthei, quien hubiese preferido a un civil para continuar con la obra del actual régimen pero que parece aceptar que el Ejército y su comandante en jefe, el general Pinochet, sean los que impongan las reglas del juego dentro de las Fuerzas Armadas. Junto a Carabineros y a la Marina, Matthei y el alto mando de la aviación han impartido instrucciones precisas a sus subalternos mediante las cuales establecen que las decisiones políticas quedan limitadas a la cúpula de los comandantes en jefe. Las posturas de estas ramas de las Fuerzas Armadas y del orden se contraponen a los fundamentos promovidos por Pinochet y sus incondicionales. Algunos militares defienden el principio de intervención política de las Fuerzas Armadas en el plebiscito, aludiendo a que su proyecto de sociedad será sometido a debate por votación.

Según el general de ejército en retiro Horacio Toro, los comandantes de unidades que se han pronunciado a favor de la candidatura de Pinochet lo han hecho cumpliendo órdenes. "Conociendo la estructura jerárquica y disciplinada del ejército —explicó Toro—, esos hombres no pueden haber hecho esas declaraciones por sí." El militar en retiro también asegura que la adhesión ciega y fanática de algunos miembros del Ejército —quienes amenazan con usar sus corvos acerados en la defensa de su comandante en jefe— no es tanto al modelo político, económico y social existente, como a su líder: Augusto Pinochet Ugarte.

Pinochet tiene el poder. Maneja, si no a todas las Fuerzas Armadas chilenas, sí a su columna vertebral: el Ejército. Astuto, ha sabido eliminar de su camino a los hombres comando de tropa que no le eran incondicionales. Es posible que el 30 de agosto los comandantes en jefe de las demás ramas de las Fuerzas Armadas y miembros de la junta no le presten su apoyo y no lo nominen candidato. Sin embargo, el consejo de seguridad nacional será el que tome la decisión final en caso de no existir consenso entre los cuatro hombres. Y allí se sabe que Pinochet arrasará. Luego, si bien es cierto que los líderes de la Armada, Aviación y policía uniformada discrepan con los proyectos de Pinochet de mantenerse en el poder hasta prácticamente fin de siglo, no es menos seguro que como afirman algunos generales en retiro, el triunfo del No en el próximo plesbiscito significaría desde el punto de vista político y de recuperación del carácter fundacional del sistema militar chileno, una derrota de la más alta calidad estratégica que los miembros de las fuerzas armadas chilenas no están dispuestos a sufrir.



PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

"Si hay fraude convocaremos a la huelga general"

Antonio Cortés, representante del Partido Socialista de Chile (seguidores de Clodomiro Almeyda), y encargado de la Concertación por el No en la Argentina, declaró a **Página/12** que "estamos realmente satisfechos de la repercusión de la campaña por el No entre los 800 mil chilenos que viven en la Argentina".

—¿Qué importancia le atribuye al próximo plebiscito?

—La importancia del plebiscito no se reduce al evento electoral, sino que en torno a él se dieron dos fenómenos sustanciales: por un lado la capacidad de la clase política chilena para alcanzar la concertación, porque justamente uno de los factores que ayudó a la dictadura a mantenerse en el poder durante tanto tiempo fue la dispersión de la oposición. Además, los niveles de compromiso económico social a que llegaron las fuerzas opositoras indican que la sociedad política chilena ha madurado lo suficiente como para garantizar una democracia estable una vez superada la fase dictatorial.

—¿Qué posibilidades reales de fraude hay?

—Es muy difícil que se haga un fraude demasiado burdo. El plebiscito fue una maniobra política de Pinochet para legitimar el régimen y un fraude ostensible terminaría por deslegitimarlo. En tal caso, creo que a Pinochet le resultaría más útil un autogolpe porque tendría los mismos costos políticos que el fraude pero le proporcionaría mayores garantías. De todos modos, si el fraude se concreta, hay acuerdo para convocar a la huelga general, cosa que no se logró en estos quince años de dictadura.

—¿En qué medida le sirve a Pinochet el boom económico para conseguir apoyo al Sí?

—Es cierto que a Pinochet además de los sectores tradicionalmente fascistas lo apoyarán quienes se beneficiaron con el supuesto boom. Hablo de supuesto boom porque estos períodos de auge se produjeron luego de grandes caídas, con lo cual durante los 15 años de dictadura, Chile ha crecido sólo el 2,4 por ciento, un porcentaje inferior al promedio de crecimiento histórico previo a los años '70. La población beneficiada por esta economía agroexportadora es mínima. Pero es probable que Pinochet aplique una política demagógica para neutralizar a parte de la oposición.

—¿Esta política demagógica estaría basada en una mayor distribución?

—Sí, pero en una distribución selectiva. Pinochet sabe que no puede convencer a los grandes sectores marginales, ni a los obreros. Pero sí puede hacerlo con los sectores medios. En esta línea de acción se enmarcan las recientes medidas que alivianan las cargas que pesaban sobre los compradores de inmuebles.



CHILE

DO TANTO

Congreso norteamericano y también a raíz de los problemas críticos producidos por el llamado caso Letelier.

A pesar de ello, los beneficios de la nueva consideración se sintieron también en Chile a partir de la llegada de James Thberge, nuevo embajador plenamente imbuido de la nueva doctrina. Desde comienzos de 1982, esta postura comenzó a cambiar como producto de las crisis económicas y políticas de las dictaduras. De pronto los "aliados leales del Cono Sur" no eran eficientes económica ni políticamente. Ni tampoco, después de las Malvinas, tan confiables estratégicamente. Estados Unidos comenzó a apoyar en todas partes los procesos de transición y a pesar de que había estado ajeno a su gestación, a atribuírselos como éxitos propios.

La inclinación hacia la democratización rápida con elecciones libres y gobiernos civiles, no funcionó en Chile, donde la dictadura no sólo permaneció, sino que pasó el "año decisivo de 1986" haciendo que el escenario plebiscitario de 1988 fuera más probable. El Departamento de Estado comenzó a moverse dentro de ese escenario con dos objetivos: asegurar una transición democrática tranquila (lo cual supone un gobierno moderado, de preferencia civil, y sin participación de la izquierda) y mantener el modelo económico actual aunque con modificaciones de carácter redistributivo.

Si ello es así, ¿por qué no quedarse con Pinochet, que promete transición y continuidad económica? Las lecciones de otros países latinoamericanos juegan aquí un papel fundamental. La historia está llena de dictaduras que prometieron democracia, pero sólo se abrieron demasiado tarde, cuando la revolución era inevitable. Por una parte existe el riesgo de que Pinochet se quede indefinidamente; por otro lado, el temor inmediato a la polarización y la confrontación ante un resultado estrecho.

De allí que las prioridades que están detrás de la postura de Washington no coincidan efectivamente con la oposición chilena, aunque la política se parezca a veces. Estados Unidos quisiera una transición por consenso sea ella a través de la fórmula de un candidato civil concordado, como lo pide el Partido Nacional, o propuesto por la Junta pero aceptable a una parte de la oposición. Si ello no se obtiene, se trata al menos de lograr un plebiscito tranquilo que nadie pueda cuestionar. De allí el énfasis en las garantías, incluso en dar recursos a la oposición para que pueda haber competencia legítima. El problema está, por cierto, en que el gobierno de Pinochet no comparte ninguno de estos dos objetivos e insiste en las últimas semanas en una mayor polarización.

La ausencia de una derecha democrática, tantas veces comentada por los analistas norteamericanos, sigue siendo el mayor vacío de la política de Chile.

INTERNA MILITAR

UNE Y REINARAS

Por Brigitte Calame, desde Santiago

El anuncio fue el gran titular de los diarios el lunes 25: la cúpula militar se reunirá el 30 de agosto para nominar al candidato que presentará en el plebiscito de octubre. Los chilenos, sin embargo, no se mostraron muy conmovidos. A esta altura nadie duda de que el candidato será Augusto Pinochet. Ni siquiera las últimas declaraciones de los integrantes de la junta militar permiten concebir otra posibilidad. Menos de un mes atrás, el general del aire Fernando Matthei declaró a un diario alemán que la junta de comandantes en jefe había sido incapaz de hacer valer su voluntad —mayoritaria— de nominar a un civil como candidato del plebiscito. El general Pinochet, aseguró, cuenta con el apoyo incondicional del Ejército y ni la Marina ni la Aviación están dispuestas a romper con la unidad de las Fuerzas Armadas. Los rumores que recorren Santiago también dejaron saber que Carabineros se había unido al infructuoso esfuerzo por imponer un candidato civil.

Al cuerpo de carabineros, la policía militarizada chilena, que por la intermediación del golpe militar no sólo llegó a ocupar uno de los cuatro vértices del poder político sino a conformar una rama más de las Fuerzas Armadas, no le gusta la idea de seguir en el poder más allá del plebiscito. El general Rodolfo Stange es el más reservado de los cuatro integrantes de la junta de gobierno. Sin embargo, en sus intervenciones públicas siempre busca subrayar la función profesional del cuerpo que dirige por encima de las connotaciones políticas, lo que provoca un distanciamiento muy notorio entre su visión del futuro y los proyectos de Pinochet. El motivo es que el cuerpo de carabineros está cada vez más convencido de que cualquier alteración del orden público terminará recayendo sobre sus hombres, porque son los que salen a la calle a reprimir las manifestaciones y a la población, por el momento indefensa. Son también los únicos integrantes de las Fuerzas Armadas que conviven directamente con la población civil. Sus casas, sus esposas e hijos están rodeados de chilenos comunes y corrientes que en muchas ocasiones les hacen sentir su desprecio. Para todo el mundo los carabineros son los *pacos* y ser hijo de *paco* no es nada fácil en el Chile de hoy.

A nivel de los altos mandos del cuerpo de la policía uniformada también hubo cambios. Hace diez meses el general y director Rodolfo Stange removió a sus hombres para dejar conformado al alto mando que se hará cargo del plebiscito y lo que suceda después. De los oficiales que integran este alto mando sólo uno, el general subdirector Oscar Torres tuvo una participación relevante en el mando de unidades durante el golpe. Los demás ocuparon sólo funciones secundarias y aquellos generales que aparecieron más cercanos a la voluntad de prolongación del régimen militar pasaron a retiro. Se dice que a diferencia de la Fuerza Aérea y de la Armada, Stange ha evitado la polémica pública y eludido con frecuencia el debate sobre el futuro político de Chile a partir del '89, pero de lo que están seguro los analistas es de que ese año los carabineros se van para su casa. Y no porque lo haya decidido Pinochet. Por el contrario, contra su voluntad, Stange y sus hombres decidieron retirarse del gobierno. Obviamente, ello le ha significado enfrentarse a muchos problemas. El asesinato de varios de sus funcionarios, por ejemplo, no sólo tiene olor a venganza, sino que obedece, dicen algunos, a un plan maquiavélico: el tratar de cohesionar el cuerpo de carabineros en torno a las Fuerzas Armadas.

De manera más evidente, pero no tan profunda, quien tiene más discrepancias con Pinochet es el general de aviación Fernando Matthei, quien hubiese preferido a un civil para continuar con la obra del actual régimen pero que parece aceptar que el Ejército y su comandante en jefe, el general Pinochet, sean los que impongan las reglas del juego dentro de las Fuerzas Armadas. Junto a Carabineros y a la Marina, Matthei y el alto mando de la aviación han impartido instrucciones precisas a sus subalternos mediante las cuales establecen que las decisiones políticas quedan limitadas a la cúpula de los comandantes en jefe. Las posturas de estas ramas de las Fuerzas Armadas y del orden se contraponen a los fundamentos promovidos por Pinochet y sus incondicionales. Algunos militares defienden el principio de intervención política de las Fuerzas Armadas en el plebiscito, aludiendo a que su proyecto de sociedad será sometido a debate por votación.

Según el general de ejército en retiro Horacio Toro, los comandantes de unidades que se han pronunciado a favor de la candidatura de Pinochet lo han hecho cumpliendo órdenes. "Conociendo la estructura jerárquica y disciplinada del ejército —explicó Toro—, esos hombres no pueden haber hecho esas declaraciones por sí." El militar en retiro también asegura que la adhesión ciega y fanática de algunos miembros del Ejército —quienes amenazan con usar sus corvos acerados en la defensa de su comandante en jefe— no es tanto al modelo político, económico y social existente, como a su líder: Augusto Pinochet Ugarte.

Pinochet tiene el poder. Maneja, si no a todas las Fuerzas Armadas chilenas, sí a su columna vertebral: el Ejército. Astuto, ha sabido eliminar de su camino a los hombres comando de tropa que no le eran incondicionales. Es posible que el 30 de agosto los comandantes en jefe de las demás ramas de las Fuerzas Armadas y miembros de la junta no le presten su apoyo y no lo nominen candidato. Sin embargo, el consejo de seguridad nacional será el que tome la decisión final en caso de no existir consenso entre los cuatro hombres. Y allí se sabe que Pinochet arrasará. Luego, si bien es cierto que los líderes de la Armada, Aviación y policía uniformada discrepan con los proyectos de Pinochet de mantenerse en el poder hasta prácticamente fin de siglo, no es menos seguro que como afirman algunos generales en retiro, el triunfo del No en el próximo plesbiscito significaría desde el punto de vista político y de recuperación del carácter fundacional del sistema militar chileno, una derrota de la más alta calidad estratégica que los miembros de las fuerzas armadas chilenas no están dispuestos a sufrir.



PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

"Si hay fraude convocaremos a la huelga general"

Antonio Cortés, representante del Partido Socialista de Chile (seguidores de Clodomiro Almeyda), y encargado de la Concertación por el No en la Argentina, declaró a **Página/12** que "estamos realmente satisfechos de la repercusión de la campaña por el No entre los 800 mil chilenos que viven en la Argentina".

—¿Qué importancia le atribuye al próximo plebiscito?

—La importancia del plebiscito no se reduce al evento electoral, sino que en torno a él se dieron dos fenómenos sustanciales: por un lado la capacidad de la clase política chilena para alcanzar la concertación, porque justamente uno de los factores que ayudó a la dictadura a mantenerse en el poder durante tanto tiempo fue la dispersión de la oposición. Además, los niveles de compromiso económico social a que llegaron las fuerzas opositoras indican que la sociedad política chilena ha madurado lo suficiente como para garantizar una democracia estable una vez superada la fase dictatorial.

—¿Qué posibilidades reales de fraude hay?

—Es muy difícil que se haga un fraude demasiado burdo. El plebiscito fue una maniobra política de Pinochet para legitimar el régimen y un fraude ostensible terminaría por deslegitimarlo. En tal caso, creo que a Pinochet le resultaría más útil un autogolpe porque tendría los mismos costos políticos que el fraude pero le proporcionaría mayores garantías. De todos modos, si el fraude se concreta, hay acuerdo para convocar a la huelga general, cosa que no se logró en estos quince años de dictadura.

—¿En qué medida le sirve a Pinochet el boom económico para conseguir apoyo al Sí?

—Es cierto que a Pinochet además de los sectores tradicionalmente fascistas lo apoyarán quienes se beneficiaron con el supuesto boom. Hablo de supuesto boom porque estos períodos de auge se produjeron luego de grandes caídas, con lo cual durante los 15 años de dictadura, Chile ha crecido sólo el 2,4 por ciento, un porcentaje inferior al promedio de crecimiento histórico previo a los años '70. La población beneficiada por esta economía agroexportadora es mínima. Pero es probable que Pinochet aplique una política demagógica para neutralizar a parte de la oposición.

—¿Esta política demagógica estaría basada en una mayor distribución?

—Sí, pero en una distribución selectiva. Pinochet sabe que no puede convencer a los grandes sectores marginales, ni a los obreros. Pero sí puede hacerlo con los sectores medios. En esta línea de acción se enmarcan las recientes medidas que alivianan las cargas que pesaban sobre los compradores de inmuebles.

EL BOOM ECONOMICO CHILENO

JUEGO DE PARADOJAS

El producto bruto ha crecido más del cinco por ciento en los últimos dos años. La inflación está bajo control. Sin embargo, en Chile hay cinco millones de pobres. Los salarios disminuyeron en un 30 por ciento con respecto a los de 1981, y el índice de desempleo duplica el de los años setenta.

Por Carlos Alvarez, desde Santiago de Chile

Es evidente que Chile atraviesa una coyuntura económica favorable a la que han contribuido el alza de los precios internacionales del cobre y los espectaculares aumentos de las exportaciones. Los resultados del período 1986-1988 han fortalecido la creencia de que el país está en el umbral de una etapa de desarrollo sostenido. De esta forma, el gobierno chileno —con el apoyo de los bancos internacionales y las corporaciones transnacionales— ha proyectado una imagen de éxito económico que trasciende las fronteras del país para constituirse en un ejemplo (un "showcase" en la jerga de los patrocinadores) de manejo de la política económica para muchos de los países de América latina.

Sin duda, esta situación económica se traduce en indicadores económicos que resultan más que satisfactorios dentro del contexto latinoamericano y, sobre todo, si se tiene en cuenta el magro desempeño de los países vecinos. El producto ha crecido a un promedio de 5,5 por ciento en los últimos dos años. La inflación está bajo control, y los índices de 0,5 por ciento en mayo y 0,6 por ciento en junio permiten esperar una tasa de inflación anual de alrededor del 10 por ciento para 1988. Las exportaciones, que en 1987 superaron los 5000 millones de dólares, podrían alcanzar en 1988 los 7000 millones de dólares si se mantienen las actuales tendencias.

Sin embargo, este auge económico plantea ciertos interrogantes que están relacionados con sus alcances —más allá del sector exportador y financiero—, la proyección social de sus resultados y, sobre todo, con la capacidad de mantener los ritmos actuales en el mediano plazo; esto último requiere un aumento de la tasa de inversión que se ve fuertemente condicionado por el peso de la deuda externa.

Conviene aclarar que el boom económico actual es, ante todo, una recuperación de la actividad económica que, como consecuencia de la recesión en el período 1981-1983 registró una brusca caída del producto de alrededor del 15 por ciento. Si tomamos el período 1982-1987 el producto creció a razón de menos del 1 por ciento anual promedio. El producto interno bruto por habitante en 1987 era inferior al de 1971 y el consumo por persona al cabo de 15 años de gobierno militar está por debajo del nivel de 1970.

El eje central de la política económica ha sido el sector exportador al cual se le ha asignado el rol de motor del desarrollo. En los últimos años el sector externo se ha visto favorecido por la positiva evolución de los precios internacionales. Esto permitió que en el primer semestre de 1988 las exportaciones alcancen los 3452 millones de dólares registrando un aumento del 43 por ciento en relación al mismo período del año anterior. Las exportaciones de cobre en este período aumentaron en un 70 por ciento. De esta forma el sector externo ha permitido en los primeros seis meses del año un superávit de 1230 millones de dólares, lo cual representa más del doble del saldo de la balanza comercial en el mismo período del año pasado. Esto hizo que el gobierno revisara las proyecciones de las cuentas externas y al acumular mayores reservas en el Banco Central se pudieran financiar algunas medidas como la reciente rebaja del IVA del 20 al 16 por ciento que puede tener un impacto electoral no despreciable en un año de plebiscito.

El aumento de las exportaciones estuvo acompañado por una búsqueda de nuevos mercados y hoy en día más de 110 países, entre los que se cuentan la República Popular China, Taiwán y Corea del Sur, compran productos "made in Chile". Sin embargo el principal cliente continúa siendo Estados Unidos —cuyo mercado representó el 22,4 por ciento de las exportaciones chilenas en 1987—, seguido por Japón (11 por ciento), RFA (9,5 por ciento) y Brasil (6,8 por ciento). Estas cifras permiten visualizar el aumento de la dependencia en un grupo reducido de clientes, ya que los 4 primeros compran el 50 por ciento de las exportaciones chilenas; esto merece una cierta atención, sobre todo en el caso de Estados Unidos, donde la presión de los agricultores puede provocar medidas proteccionistas que dificulten el acceso a ese mercado como sucedió recientemente con la limitación al ingreso de manzanas chilenas a la Comunidad Económica Europea.

El aumento de las exportaciones ha sido sumamente positivo para el desempeño reciente de la economía chilena pero el grado de elaboración incorporado a las exportaciones es escaso. Los principales productos de exportación continúan siendo los productos mineros, los forestales y los de la agricultura y la pesca. Para mantener los actuales niveles de crecimiento de la producción es necesario no sólo sostener, sino aumentar el ritmo actual de las exportaciones. Para ello resulta imprescindible incorporar mayor valor agregado a los productos exportados. Esto a su vez permitiría reducir la vulnerabilidad ante las oscilaciones de los precios internacionales y las condiciones de acceso a los mercados.

¿Quién se ha beneficiado con esta bonanza relativa?

La oposición al régimen puso el tema de la pobreza en el centro del debate afirmando que "en Chile hay 5 millones de pobres". El gobierno desató una ardua ofensiva de desmentidas y descalificaciones metodológicas que no consiguió restarle peso a esa imponente cifra.

Datos recientes parecen indicar que el intento de modernización ha tenido un costo social muy alto. Los salarios promedio cayeron 15 por ciento en relación a 1981; el ingreso per cápita se redujo en 10 por ciento en relación a ese mismo año; los salarios mínimos se encuentran un 30 por ciento por debajo de los niveles de 1981 y las pensiones que paga el Estado se ubican a niveles aún más bajos. El desempleo es de alrededor del 8 por ciento, semejante al nivel de 1981 pero más del doble que la tasa registrada durante los años sesenta. Si agregamos que el equilibrio fiscal del año 1987 se consiguió gracias a la caída de los sueldos del sector público y a la disminución del gasto en salud y educación, el cuadro de situación de las mayorías ha empeorado sustancialmente. La caída de los salarios reales se transforma en un instrumento de la promoción de exportaciones con consecuencias evidentes en la concentración del ingreso en los sectores más altos.

El dirigente de la Democracia Cristiana Gabriel Valdez, calcula que el reciente boom económico ha beneficiado a alrededor del 15 por ciento de los chilenos. Ricardo Lagos —dirigente socialista— afirma que hoy en día "el país es más rico, pero el pueblo es más pobre".



PARTIDO COMUNISTA

"Queremos la sublevación nacional de masas"

"El gran proyecto de la dictadura es la exclusión del Partido Comunista en Chile", dijo a **Página/12** Lorenzo Vargas Cornejo, representante del PC chileno y presidente de la Izquierda Unida de Chile en la Argentina. "Pretender marginar al PC de la actividad política es como querer negar la existencia de la cordillera de los Andes."

—*¿Qué factores llevaron al PC a cambiar su postura respecto al plebiscito?*

—El PC no ha cambiado su posición respecto a la dictadura. El mismo día del golpe decidimos el gran No contra lo que caracterizamos como un gobierno fascista. Hubiéramos querido que esto se resolviera antes y sin un plebiscito que es una cancha que ha rayado el gobierno. Pero si hoy existen sectores de oposición débiles ante las propuestas de la dictadura, nosotros evaluamos que el boicot o la abstención hubieran servido para entorpecer el acuerdo con las demás fuerzas y para que la dictadura justificara un eventual fraude. Entonces decidimos decir No en el plebiscito para debilitar a la dictadura y continuar con el trabajo de masas. La idea es llegar a la consulta con un pueblo movilizado y dispuesto a paralizar el país si la dictadura pretende llegar al final con este fraude en el que está envuelta. Nuestra política es la rebelión popular con vistas a la sublevación nacional de masas.

—*Esta huelga general a la que usted se refiere, ¿se concretaría en caso de fraude o aun frente al triunfo del No?*

—Creemos que Pinochet quiere morir con las botas puestas y sentado en el sillón de O'Higgins. El plebiscito es parte de un proceso de institucionalización de la dictadura. Por lo tanto, el fraude está hecho. Cuando hablamos de la movilización y la paralización del país, nos referimos al día de la consulta porque en ese momento, con el triunfo del No, el pueblo debe hacer valer el veredicto popular y terminar con la dictadura. De lo contrario, se seguirá aplicando la constitución fascista del '80 con todos los poderes que ella reserva para Pinochet. La democracia sólo será posible con la participación de todo el pueblo. Cualquier salida de superestructura tendrá por resultado una democracia maniatada, en la que se seguirá marginando a gran parte de los sectores populares.

DEMOCRACIA CRISTIANA

"El triunfo del No es seguro"

"Sólo el pueblo movilizado va a poner fin a la dictadura de Pinochet", aseguró Pablo Ossio Muñoz, presidente de la base Buenos Aires del partido demócrata cristiano de Chile.

—*¿Qué perspectivas ve la Democracia Cristiana en el próximo plebiscito?*

—El triunfo del No es seguro. De los seis millones y medio de inscriptos, un 70 por ciento responde a las fuerzas de centro e izquierda.

—*Sin embargo, las encuestas arrojan un alto porcentaje de indecisos. Se llegó a hablar de un 39 por ciento...*

—Es cierto. Pero eso se debe a que mucha gente atemorizada por la dictadura, no responde a los encuestadores con la verdad. En los sondeos de nuestro partido el porcentaje de indecisos no supera el 18 por ciento.

—*La oposición manifestó en reiteradas oportunidades el deseo de invitar veedores internacionales —incluso Hortensia Bussi declaró que Jimmy Carter podía ser uno de ellos— a fin de evitar el fraude. ¿Esto ha sido aceptado por el gobierno chileno?*

—La dictadura aún no lo ha aceptado, pero no lo va a poder impedir. Una enorme cantidad de gente extranjera estará en Chile ese día para observar el acto electoral. En cuanto a la presencia de Jimmy Carter, si Hortensia Bussi lo dijo, es porque debe tener la seguridad de su asistencia.

—*¿Qué efectos prácticos tendrá el triunfo del No cuando el mismo implica que Pinochet continuará un año más en el poder y que aún después de ese período seguirá como comandante en jefe del Estado, podrá designar un tercio del Senado y controlará el Consejo de Seguridad Nacional, un organismo con un poder virtual de veto contra cualquier acción política "que ponga en peligro la seguridad nacional"?*

—Todos suponemos que en caso de triunfar el No habrá un desconocimiento pleno de la constitución del '80 que establece esas prerrogativas para Pinochet. No vamos a permitir que el dictador siga un año más en el poder. Exigiremos inmediatamente elecciones libres y democráticas. Ya contamos con la opinión de algunos miembros de la Junta que estarían dispuestos a realizar elecciones a corto plazo.

—*¿También aceptarían el desconocimiento de la constitución del '80?*

—No. Ellos están por la continuidad de la constitución. Pero creemos que con la movilización del pueblo después del triunfo, esta postura se va a revertir.